



Comisión 1

Índice

1. Última parada. Agustina Amatrián
2. Comunicación poco social. Juan Andrade
3. El juego de la sogá. Francisco Arano Uría
4. El paciente. Tomás Arteaga
5. El teléfono sonó demasiado fuerte. Alina Barazzutti
6. Lista de fármacos N° 17. Fernando Beltrán
7. Un funeral sin llantos, con alegrías. Facundo Berutti
8. El olor no es un problema. Miguel Alejandro Burga
9. Un paseo en ambulancia. Daiana Cabral
10. Los secretos del amor. Valentina Cardozo
11. ¡Me quiero morir! Juan Chambi
12. Salir del país. Matías Cirerol
13. Solo y sin rumbo. Lucas D'arrioso
14. El plan perfecto. Violeta Delucca
15. La despedida. Luciana Diomedi
16. Dantés el desgraciado. Juan Ignacio Di Salvo
17. Mi visión clara de la realidad. María Agustina Gavazzi
18. Intensidad fantasmal. Paulina Gentiletti
19. Parecido a la realidad. Camila Gerometta
20. Mi propia enemiga. Micaela González
21. Placer espectral. Dante Iglesias
22. 12 de enero interminable. Manuela Herzel
23. Una invasión amigable. Lucio Jordán
24. Lo prometido y la deuda. Paz Larrocea
25. Los fuegos helados de sus besos. Lara Paloma Meaca
26. La lujuria de la vejez. Juan Ignacio Melo
27. ¡Quiero volver a mi planeta! Malena Piñuel
28. Inclusión en el amplio. Malena Regunaga
29. Feliz. Belén Ritucci
30. La pérdida de dos trenes y una salvación. Enzo Romano
31. ¡Dale, Campeón! Juan Bautista Seco
32. Así de sufrido. Francisco Tassone

Última parada

Agustina Amatrián

Desde la muerte de mi abuelo, quien enfermó gravemente de cáncer y, a sabiendas de su fin, comenzó a planificar minuciosamente su velorio (sí, lo planificó todo desde su entierro, pasando por el grupo coral que cantó en el mismo, hasta la confección de la placa que llevó luego su tumba), que no he dejado de pensar en mi funeral.

Lo imaginé tantísimas veces. Mi madre al pie del cajón; el novio de turno, consternado; mis amigas de toda la vida, rindiendo algún tipo de tributo en mi memoria y yo ahí, pulcra y hermosa, con los labios pintados prolijamente aún en mi lecho final. Pero heme aquí, en este cajón espantoso, viviendo un velorio, mi velorio. Que en nada se parece a lo que imaginé.

Siempre pensé que la muerte me llegaría luego de padecer alguna trágica enfermedad, como el cáncer, ACV o algún paro cardíaco, como el ochenta por ciento de mis difuntos parientes. Pero no. Morí de una forma indignante, vergonzante. Fui pisada por un colectivo, al que no vi venir, por estar pensando en si había cerrado o no la llave de gas ¿Podían imaginar éste final para mí? Pues yo no.

El daño físico post accidente fue tan grande que decidieron velarme a cajón cerrado, fue por eso que le pusieron tan poco esfuerzo y dedicación en mi aspecto final. Aún no puedo creer lo mal que han reconstruido mis partes, han estafado a mis padres, a quienes le aseguraron haber puesto lo mejor de sí para mi última despedida ¿Esto es lo mejor que pudieron hacer? ¿De verdad?

La causa de mi defunción da pie a que la gente no dejara de resaltar cuán distraída era. Mis amigos y primos se ríen con anécdotas ridículas como mi muerte y todos concluyen: “Agus vivía colgada de una palmera”. ¿Sólo eso van a decir? ¿No van a hablar de mis bondades y de lo especial que soy, perdón, que fui?

Para colmo de males, me morí justo cuando me peleé con mi ex, un pelmazo intrascendente que se adjudica mi amor mientras besa y consuela a mi madre y abuela. Personas que no conoció, ni conoce porque jamás hubiese llevado a casa a ese imbécil con el que estuve dos meses porque no quería estar sola.

Todo está saliendo mal. El florista trajo jazmines en lugar de fresias. No llueve, como siempre imaginé que sucediera. Olvidaron poner la música que siempre pedí... De pronto entendí. Mi velorio fue tan caótico e impredecible como mi vida. Y en el fondo, voy a extrañar mucho despertar de ese lado.

Comunicación poco social

Juan Andrade

31 de mayo de 2017. Ese día fui testigo de algo inefable.

A media mañana, transcurría la clase de Escritura I a cargo del profesor Belinche, y *La guerra de los mundos* era el texto del día. Los alienígenas eran tema de debate entre los creyentes y los temporalmente escépticos porque lo que sucedería minutos después, unificaría de manera rotunda todas las creencias. Un extraño ruido se sentía en el aula, cada vez más cerca:

—¿Qué es eso? —preguntó un alumno.

—No lo sé, pero viene hacia nosotros —respondió el profesor.

—Quizá sea un alien, ¡ja! —dijo el ayudante de la cátedra entre risas, bromeando con el tema de la clase.

Pero segundos más tarde, todo dejó de ser una broma. Una nave espacial aterrizó en el patio de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social y de ella descendieron dos extraños sujetos. Si bien tenían forma humana, su tez color violeta y sus ojos enormes

indicaban que no lo eran. Ante la mirada atónita de los más valientes, alumnos y profesores del establecimiento, los extraterrestres emitieron unas palabras con un sorprendente manejo del castellano:

—Exigimos hablar con su líder —vociferaron con un tono intimidante.

—Aquí estoy — se escuchó entre el silencio de la muchedumbre acumulada en el patio—. Soy Florencia Saintout, decana de ésta institución.

—Como representantes del Planeta B612, les hacemos entrega de la declaración de guerra al planeta Tierra.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué a mí? — preguntó Florencia.

—Usted sabrá, Decana —respondió uno de los alienígenas acercando su rostro hacia el de la mujer que no demostraba signo alguno de intimidación.

Acto seguido, los extraterrestres tomaron a la Decana y la introdujeron en su nave para llevarla a su planeta.

El juego de la soga

Francisco AranoUría

Era lunes. El sol aparecía de a poco para dar calor a la mañana de invierno. La familia Thompson tenía una conformación particular: madre solterade 27 años y una hija de tan sólo 4. Iniciaba la rutina de todos los días. La madre debía officiar también al padre. Preparaba un desayuno para ambas, se vestían y en menos de media hora estaban listas para salir de su hogar. Vivían en una casa ubicada en el medio del campo con un patio que rozaba una hectárea. Su vecina más cercana era una tía, que su residencia a 200 metros de la suya y vivía sola. Su vegetación inundaba la propiedad y le daba color.

Ana iba permanentemente a la ciudad para llevar a su hija Cloe al jardín e ir a trabajar al hospital. Todos los días tenía cuarenta y cinco minutos de viaje hasta llegar a destino. Esa era una de las razones por las que quería mudarse. Pero la tranquilidad del campo y la falta de dinero se lo impedían. Por las tardes, salía del hospital alrededor de las dos, realizaba las compras e iba a buscar a su hija. Acto seguido, emprendía el regreso a su hogar. No se movería de allí hasta la mañana siguiente. El fin de semana era una liberación y permitía vivir sin alarmas ni horarios. Su única motivación era que se acercara el viernes.

Su tía también sentía a Cloe como una sobrina y ambas tenían una excelente relación. La pequeña le preguntó a su madre si podría ir a jugar a la casa de ella. “Jugaremos a la soga”, dijo ella entusiasmada. Cloe dejó su mochila en el piso, agarró la soga y se fue corriendo. Ese tiempo le vendría bien a Ana para ordenar la casa y descansar un poco. Puso a lavar ropa, barrió el living, tendió la cama, ordenó la habitación. Era habitual tomar té cerca de las cinco de la tarde. Y como faltaba una hora para eso, decidió dormir la siesta. Se acostó en la cama. Ni bien reposó la cabeza en la almohada, se durmió profundamente.

El sonido del teléfono la despertó. Entre dormida, caminó intentando no tropezar con los juguetes que había en el piso, pero de todas formas no llegó a atender. Miró al reloj. Marcaba las seis y cuarto y Cloe aún no había regresado. Enojada, se puso un abrigo y salió a buscarla. Todavía debía merendar y hacer los deberes. Con la luz de la linterna, fue caminando entre los pastos altos hasta llegar a la casa de su tía. Subió las escaleras de la galería.

La puerta estaba abierta. Las luces prendidas. Ingresó a la casa, pero no había señales de su hija y había silencio. Fue al dormitorio. Del techo, colgaba una soga alrededor del cuello de Cloe. Tenía los pies inmóviles y los ojos abiertos. El auto no estaba, faltaban cosas en los cajones. Un relámpago se hizo presente en la casa de la tragedia y una lluvia empezó a caer sobre los pastos secos.

El paciente

Tomás Arteaga

Era viernes a la noche y yo, lejos de estar de fiesta con mis amigos, me había quedado a cubrir a un compañero en la guardia del hospital de niños. La noche se veía tranquila. El primer pibe que me cayó tenía las manos muy sucias de tierra, al igual que su madre. Le expliqué que era muy importante lavarse las manos para prevenir enfermedades y de paso le regalé un jabón con forma de mano.

Mientras le escribía la receta para los medicamentos me llamó la atención el olor a humedad y a putrefacción que había en el ambiente, pero lo pasé por alto. Cuando el nene se retiró con su mamá del consultorio, aproveché para desinfectar un poco el lugar. Al momento de limpiar, noté que el chiquito había olvidado el jabón, así que salí a buscarlo. Sin embargo, ya no estaban en el hospital.

La segunda paciente fue una nena que tenía tos convulsiva. El padre me contó la secuencia del cuadro. El panorama era desalentador y preocupante, así que la dejé internada para que estuviera en observación toda la noche. Mientras él me firmaba los papeles de la internación, irrumpió en el consultorio mi compañero Eugenio, un formoseño grandote de ceño fruncido que vivía solo en la ciudad hacía ya ocho años. Al ver que estaba ocupado se retiró. La cara de pánico que tenía me llamó la atención. Apenas terminé con el protocolo de la nena y su padre, fui rápido al consultorio de mi compañero a preguntarle qué le pasaba.

Ni bien entré a la salita lovi con Mariana, la enfermera, tomándose el pulso y aspirando una botella alcohol. Le dije a ella que me encargaba de la situación y le pedí cordialmente que se retire. Una vez solos, le pregunté:

—¿Qué te pasa, boludo? — a lo que me respondió de manera negativa con la cabeza. Lo dejé tomar aire.

—¿Viste el supuesto asesinato en Altos de San Lorenzo de la madre y su hijo con intoxicación severa? —yo le contesté que no con la cabeza, mostrando mi desconocimiento del caso.

—Te resumo —me dijo —hace una semana salió a la luz una causa en la que encontraron a una mujer y a su hijo muertos por una intoxicación. Los enterraron y todo, pero hoy los vi pasar por la guardia.

Le pregunté cómo eran físicamente.

—La madre tenía pelo negro, el nene unos nueve o diez años. Pero lo que más me aterró fue que justamente los dos tenían las manos llenas de tierra.

El teléfono sonó demasiado fuerte

Alina Barazzutti

El timbre del teléfono la despertó. Era de esos teléfonos viejos con un ruido insoportable que despertaría hasta un muerto. Corrió desde su cama a atenderlo. Por la ventana ya no entraba nada de luz y lo agarró dormida.

Era su padre. Se había olvidado la llave y nadie respondía al timbre. Todavía con sueño, aguantando a su papá en el teléfono, miró al espejo que tenía enfrente. Él seguía hablando. Fueron solamente unos segundos, pero alcanzaron para contaminarle el cuerpo de miedo. Sentía cómo el terror se ramificaba paralizando su voz.

Cortó el teléfono sin dejar de mirar al espejo y de golpe, reaccionó. Salió corriendo pero el hombre parado detrás de ella fue más rápido. Le tapó la boca y no importó qué tan fuerte quisiera gritar. No podía. Trató de pegarle, pero no alcanzó. Ni soltarse, ni moverse. Tampoco podía respirar, sólo llorar.

Nunca llegó a prender la luz.

Cuando el padre por fin entró a la casa, fue directo a buscar a su hija a la habitación. Fue él quien la encontró muerta en su cama.

La autopsia reveló que había muerto por intoxicación. La estufa estaba prendida y las ventanas cerradas. Los forenses dataron la muerte varias horas antes de que su padre llegue a la casa.

Lista de fármacos N° 17

Fernando Beltrán

Creo que nunca escuché un sonido tan fuerte en mi vida. Estoy agradecido de seguir con mis oídos sanos y básicamente agradezco estar vivo. Mi mente está perturbada.

Mi último recuerdo es el de la clase de Escritura I en la Facultad de Periodismo a la que asisto. Oí un extraño e intenso ruido, como si fuese un soplo o algo así. Quedé inconsciente. De a ratos, podía ver alguna que otra imagen. Cómo me agarraban y subían a la ambulancia, en medio de un humo oscuro y gritos que, de tan sólo sentir, quedaron grabados en mi memoria. Me sentí débil, incapaz de moverme, esperando salir vivo de una situación que no entendía. Al principio, ya despierto, creía que había sido víctima de un atentado. Pero más tarde, cuando me trasladaron a una sala con televisión en el hospital, pude darme cuenta de que no fue así. Al menos no como los conocía.

Mientras tomaba el control remoto, vi que una señora me miraba desde la ventana de la puerta de la sala. No entendía lo que sucedía. Era una psicóloga. Resulta ser que a todos los sobrevivientes les hacían lo mismo, debido a que cuando prendían la tele y veían qué pasaba, quedaban, la mayoría de ellos, en shock. Me impacté mucho, pero nunca entendí bien qué pasó. Supongo que es algo que nos sobrepasa a todos.

Pasaron tres meses y sigo internado. Estoy al borde de la locura. No sé nada de mi familia ni de mis amigos. No dejan filtrar información dentro del hospital. Sólo tengo enfrente un televisor con dos canales: uno que es un pseudonoticiero que más que informar, confunde a los pacientes. El otro canal es de películas.

Nadie sabe que estoy escribiendo esto. No sé cuánto tiempo más voy a seguir en mi estado mental sano. Lo que nos están haciendo no es justo. Pude robar una lapicera y un cuaderno a una enfermera. Al menos escribiendo esto hago catarsis repasando todo lo sucedido. Además, de vez en cuando tengo lagunas en mi memoria y esto me ayuda.

Estoy escuchando mucho movimiento en los alrededores de mi sala. Me tendré que ir. Creo que lo que pasó aquella mañana fue raro, mientras siga vivo seguiré pensando. Por si encuentran esta nota, he disimulado el título para que pase desapercibido. Nos vemos pronto.

Un funeral sin llantos, con alegrías

Facundo Berutti

El 5 de septiembre del 2035 parecía un día como cualquier otro, pero no. Una profecía se cumplió. Berutti, quien dijo toda su vida que no llegaría vivo a los 40, había muerto a los 39 años. Tenía mujer, aunque no había podido tener hijos.

Esa madrugada la policía se comunicó con la mujer para informarle que su esposo había muerto atropellado por un camión en una calle en los suburbios de Sidney, Australia, donde vivían hace ya algunos años.

Ella muy apenada y luego de llorar por algunas horas, decidió publicar su muerte por las redes sociales, y llamar a los seres más cercanos de su esposo, quienes reaccionaron muy sorprendidos, ya que nadie imaginaba que él iba a morir de tal forma.

A pesar de la tristeza de su mujer, el velorio se vivió de otra forma. Se hizo en la casa del difunto donde, en vez de tristeza, había paz. Al entrar a la casa donde yacía el cuerpo en un

cajón cerrado, se sentía un fuerte olor a marihuana. Se podía observar también unas cuantas botellas de vino y vodka provenientes de los invitados al funeral. De fondo, en vez de llantos, se escuchaba detrás del murmullo, varias risas de quienes recordaban las anécdotas de Berutti, quien vivió una corta pero buena vida, llena de historias y alegrías, rodeado de grandes personas.

Llegada la noche se habían reunido varias personas, tanto hermanos, como primos, amigos y colegas de trabajo. Parecía una reunión normal, todos sentados, comiendo algo, fumando, tomando y riendo. Todos allí sabían que esa era la forma con la que a él le hubiese gustado ser despedido: no con llantos sino con risas. Lo que quedó en clara evidencia, cuando a las cuatro y veinte de la mañana todas las luces de la casa se apagaron. Solo permaneció prendido el equipo de música y sonó una de las canciones favoritas de Berutti. Los presentes se miraron entre sí, para exclamar al unísono: “¡Es él!”. Entendieron en ese instante que había hecho su última aparición, su última broma. Supieron entonces, que él estaba bien. Donde sea que estuviera, se iba a saber adaptar. Iba a disfrutar que nadie más lo llorara y lo recordaran con gracia y alegría al saber que su buena vida no había terminado, sino que ahora disfrutaría en otro lado.

El olor no es un problema

Miguel Alejandro Burga

Era un lunes lluvioso, un día más de trabajo. Jean salía de su casa con la gorra que usaba desde los cinco años, la remera manchada con grasa y olor a carbón. Llevaba los zapatos blancos que de tanto desgaste se volvieron un tono gris oscuro.

Eran las diez y cuarto de la mañana, algo temprano. Decidió ir a la plaza principal a intercambiar un par de pieles de vaca por algo de dinero. Hoy era su día de suerte, tuvo una mínima de ganancia.

Se hicieron las once y cinco, hora de entrar. A 200 metros de distancia de la fábrica, se podía escuchar el ruido del choque entre el brazo de la máquina y la mesada metálica, donde se le daba forma a las latas de clavos. Al lado de ésta, se encontraba la desembocadura de los desechos de todas las personas de Londres, un olor fuerte, putrefacto, la inundaba.

Jean, con tan sólo trece años, tenía el trabajo de cerrar las latas y llevarlas al depósito, donde también se localizaban los pesqueros vendiendo sus productos. Dentro de él, había un criadero de ratas con olor a sardinas y a pescado muerto. Era tan chocante y generaba un asco tal al entrar que a muchos les provocaban vómitos. Ocho de diez empleados murieron de infección debido a las fotos que circulaban.

Pero no era el caso de Jean. Al criarse en un ambiente precario, estos olores le resultaban de lo más normales. Al tener ésta ventaja sobre el resto, lo aprovechó al máximo y pudo conseguir un trabajo con más pago, pero en peores condiciones. Consistía en estar al lado de la fábrica, a la intemperie, junto a los olores mezclados. Gracias a esto pudo ayudar a la tía con la que vivía, llevando el pan. Pero, aun así, su situación de pobreza era importante.

Un paseo en ambulancia

Daiana Cabral

Uno de los peores viajes de mi vida fue hace tres años, en 2014. Estaba de vacaciones con mi familia en Mar del Tuyú. Era nuestro último día y mis padres fueron a comprar los suvenires para el resto de la familia. En el dúplex, sólo quedamos mi hermana y yo.

Esa mañana me desperté con un fuerte dolor en la nuca y el cuello, pero le resté importancia pensando que había dormido en una mala posición. Fui al baño, me lavé la cara y respiré profundo, pero el dolor no cesaba. Empezó a preocuparme. Bajé las escaleras tambaleándome. Llegué al primer piso y me acosté en el sillón intentando relajarme. El dolor no paró un segundo. Comencé a asustarme. Se hacía cada vez más insoportable. Tomé agua para calmarme, pero mi cuerpo la expulsó. Me tiré al piso con las piernas elevadas, creyendo que se trataba de la presión. Busqué ayuda en mi hermana y le pedí que llamara a papá. Lo último que recuerdo es haberle gritado que volvieran rápido, con la poca fuerza que me quedaba. Después de eso, todo se volvió oscuro.

Reaccioné al grito de mi mamá: “¡Daiana está en el piso!”. Sentí a mi papá alzándose. Otra vez, todo oscuro. Volví a reaccionar por las ganas de vomitar. Mi mamá estaba al lado mío, me abrazó y dijo que todo iba a estar bien. Mi papá le pidió ayuda a un oficial local, quien nos escoltó hasta la salita del Mar del Tuyú, pero se perdió. Lo escuché quejarse. Y de nuevo, oscuridad.

Desperté, cuando una enfermera me atendió. “¿Su hija tomó alcohol?”, le preguntó a mi mamá y me reí, o eso creo. Ella le contestó que no.

“Ma, no veo”, dije con los ojos abiertos. Me asusté ¿Me había quedado ciega?

“Su hija puede estar teniendo un pico de diabetes”, escuché que dijo una enfermera y lloré. Le rogué a mi mamá no ser diabética, no quería. Oscuro, otra vez.

Cuando volví a reaccionar estaba en Santa Teresita; vomité. Me hicieron una punción lumbar, que hasta el día de hoy sufro. Todavía no daban con lo que tenía. Y otra vez, oscuridad.

Recobré la consciencia en el hospital de Mar de Ajó. Ni bien bajé de la ambulancia me encontré con mi mamá: “Te quiero”. ¿Por qué se lo dije? Tuve la necesidad de hacerlo. Me atendió un médico no muy amistoso.

Como necesitaban hacerme una tomografía me derivaron a otro hospital, en otra costa que ahora no recuerdo. Al fin descubrieron lo que tenía, pero no nos lo dijeron ni a mí ni a mi familia.

Volví a Mar de Ajó y el médico le mintió a mi mamá diciendo que “su hija tiene presión en el cerebro”. Fue el conductor de la ambulancia quien habló con el director del hospital y le dijo que mi caso era de vida o muerte y que conmigo estaban perdiendo el tiempo.

De ahí, fui al hospital público de Mar del Plata. Otra tomografía. Por primera vez, le dijeron a mi vieja qué pasaba.

—¿Cree en Dios?—le preguntó el médico. Ella contestó que sí.

—Bueno, tu hija está en manos de Dios. Tiene un derrame cerebral.

Del hospital público a la clínica privada, me hicieron un cateterismo para ubicar la zona, otro estudio que sufrí. Me tuvieron ahí otro día más y a la mañana siguiente le informaron a mi familia que la operación que necesitaba no la hacían. Necesitaban trasladarme a capital.

Dos días lidiando con un derrame cerebral por la mala información de una vena que reventó cuando no debía.

El 1 de febrero, a las nueve de la noche me operaron en La Sagrada Familia en Buenos Aires. Estuve a punto de sufrir otro derrame y que éste acabara con mi vida.

Los secretos del amor

Valentina Cardozo

Hoy se cumple un año de que liberé el alma de Simón. Estuve encerrada con él un día entero en una habitación secreta del castillo. Allí vivimos un momento muy intenso que nunca conté, que siempre guardé en el fondo de mi alma y mi corazón hasta el día de hoy.

En esa habitación tan oscura y fría el fantasma y yo pudimos conocernos de una manera distinta. Aunque ya me había contado parte de su historia, me confesó lo que nunca me imaginé. Y así fue como comenzó mi atracción hacia él.

Muchas de las historias me causaron pena. Algunas de ellas contaban los días horribles que pasó con su mujer y las crueldades que le hizo para hacerla sentir más inútil de lo que era. En cada relato confluía una mezcla de sentimientos, desde enojo y temor hasta gracia, que me hacía dudar de si estaba haciendo lo correcto. Pero lo escuché y decidí tomar mi decisión en cuanto terminara de hablar.

Largas horas estuvo contándome sobre cómo asustaba a los huéspedes que vivieron en el castillo. Aunque algunos hechos ya los conocía, porque los dueños del lugar nos los habían contado, para prevenirnos. Me interesaba escucharlas, sin embargo la décima anécdota ya estaba aburrida y decidí preguntarle sobre sus sentimientos.

En ese momento, el ambiente entre nosotros se volvió un poco tenso, el fantasma un poco incómodo dejó que le pregunte lo que quería y lo hice:

—Sir Simón ¿Alguna vez estuvo realmente enamorado?

—¿Esa es tu pregunta?—respondió nervioso —aunque me cueste decirlo, si me enamoré. En realidad, lo estoy ahora.

Lo miré sorprendida y noté algo raro en su mirada.

—¿Podría saber quién es la mujer a la que amas y por qué?

—Mi amor por esa mujer es algo imposible, es tan transparente e inocente, y yo sólo soy un pobre fantasma que se dedica a asustar a la gente porque no tengo otra cosa para hacer. Ella, a pesar de esto puede escucharme sin juzgarme, aunque nunca va a llegar a amarme. Además, no soy real y no puede darle el amor que se merece.

En ese momento, me conmoví y no entendí muy bien qué era lo que pasaba, pero sabía que hablaba de mí. Con dulzura lo miré, las ganas de besarlo eran incontrolables y yo me pude resistir.

Sus labios eran fríos como la nieve y me erizaban la piel. Aunque hay noches en que todavía recuerdo ese beso el mismo escalofrío me hace sentir igual. Nuestro amor duró tan poco, sólo veinticuatro horas. Pero bastó para salvarlo y darle una oportunidad más, la sensación de que lo podía amar a pesar de todo lo que nos alejaba.

No siento que le miento a mi amado esposo Cecil cuando lo miro a los ojos y le digo que lo amo porque sí lo hago, pero le sucedió con Sir Simón fue algo inocente, algo de otro mundo, fue un amor de un tiempo diferente.

¡Me quiero morir!

Juan Chambi

Tanto quise presenciar este momento, el día final, mi día último día entre los vivos, que ahora no puedo creerlo. Aunque fue todo tan rápido que no me dio tiempo a decir mis últimas palabras.

Estaba yo en el hotel Corette con Julieta, mi secretaria, por motivos “administrativos”, cuando la comida barata, gaseosas y demás, junto con la poca atención a mi doctor, me pasaron factura, y con interés. Mediante un ataque cardíaco, un repentino y doloroso ataque cardíaco. Ahora si lo pienso un poco, gran parte de los intereses me los cobro por no pagarle a tiempo a mi doctor. Al cual no soportaba para nada, tanto así que apagaba los

audífonos que tanto me costaron. Lo único que espero es que mi tan preciada secretaria tenga una buena excusa para explicar nuestra presencia en ese tan poco conocido hotel, no quiero pensar que haya sido en vano gastar más dinero en ella que en mi salud.

Mi no tanpreciado hijo es el encargado de dar a conocer mi última carta, carta que contiene ciertas peticiones, las cuales espero, cumplan todos. También es el encargado de organizar mi velorio y todo lo demás que eso implica. Espero, elija un buen lugar y un buen color y modelo de ataúd, no quiero que tenga los mismos gustos de adolescente estúpido que tiene con su ropa.

En fin, ese día se hizo presente. 16 de junio de 2049. Y allá estaba yo, tirado, gordo, aunque con una mueca de sonrisa, o eso me pareció ver. Hasta que noto que mi único hijo, el teóricamente heredero de mi tiránica fortuna, no solo es tonto, sino también sordo. Porque es claro que no me escuchó ni una vez en las contadas charlas que tuvimos, así era, había elegido un lugar que pienso, estaba en proceso de autodemolición, y un ataúd blanco, el color que más odio. Ahora también que lo pienso, habrá sentido algunos celos o resentimiento. ¿Se habrá dado cuenta de que el perro tenía mejor obra social que él?

Tres noches me tomó escribir esa carta, desde mi tan querido perro, hasta bueno, mi familia, los que estoy seguro que fueron por compromiso. Estoy seguro que preferirían estar en cualquier otro lugar, menos ahí.

También estaban mis amigos de la infancia, uno más vago que otro, pero allá estaban. Si solo supieran que en un rato llegan sus ex esposas...

La presencia que no me agradó para nada fue la de mi otro granpreciado suegro, no entiendo el porqué de su presencia. Ni estaba invitado. Después me di cuenta de que el tonto de mi hijo lo había hecho.

Salir del país

Matías Cirerol

A principios de 2015, mi familia y yo decidimos hacer el viaje que mi viejo tanto quería. Ir a Misiones y conocer las Cataratas del Iguazú.

Fue en febrero, y yo creía que iba a ser uno de los viajes me iban a dejar algo más que el paisaje y que la pasaría genial con mis tíos y primos, pero no fue así. Fue el peor de mi vida. El viaje en general no estuvo mal, lo que no me gustó fue un día en especial, que mis familiares decidieron pasar a Paraguay y Brasil.

Lamentablemente, todo comenzó a las 7:00 am que me despertaron y por lo tanto, estaba de mal humor. Nos dirigíamos a la triple frontera con un calor y una humedad insostenibles. El propósito de este viaje era pasar a Paraguay a comprar tecnología a bajo costo y a buena calidad. Por un inconveniente que tuvimos, realizamos el transcurso dentro del país, a pie.

En el camino, yendo a unas tiendas de electrónica, se me rompió la ojota y anduve a media pata cinco horas seguidas, hasta encontrar el local de calzado. Cuando llegamos al lugar que nos habían sugerido, los precios de los celulares eran baratísimos. Lo mismo pasaba con los demás productos y todo parecía completamente real y original. Así, recorriendo todos los locales, mi tío se gastó algo de treinta mil pesos en celulares, *tablets*, parlantes y muchas cosas más.

Cuando llegamos al hotel, mirando videos de los productos comprados, nos dimos cuenta de lo estafados que habíamos sido y que encima lo que compramos, al mes se rompió.

Y, para finalizar el día, con mis pies repletos de ampollas en un balde con sal, veo cómo Boca le gana a River 5 a 0 en el clásico de verano.

Solo y sin rumbo

Lucas D'arrioso

Ya eran las seis de la tarde cuando Nacho salió a buscar a su perro por el campo de los tíos. Acostumbrado a dormir con él en su departamento, este fin de semana que iba a visitarlos, no iba a ser la excepción.

No avisó a nadie que había salido. El joven entró en el extenso terreno con el sol ya cayendo, gritando por su perro Coco. Sin darse cuenta, la angustia y los nervios empezaban a correr por su cuerpo. Su compañero de toda la vida no daba señales, el cielo estaba oscureciendo y ya estaba lejos de la casona, que apenas se veía. La preocupación pasaba por encontrar a Coco que no aparecía, pero sin experiencia en el campo ya casi oscurecido, pasó a ser cómo volver a la casona. Cayó en la realidad de que estaba completamente solo, sin nada alrededor, y con la idea de que en unos minutos ya no iba a ver más. Nacho empezó a sentir que le faltaba el aire, se sentía desesperado, no encontraba el camino de vuelta y comenzó a gritar desesperadamente ¡Tío, tío!, con la esperanza de que alguien escuche y se disponga a ayudarlo.

Por su cabeza pasaron mil cosas. Se imaginó pasando toda la noche solo en medio de la nada, cayendo sin darse cuenta en algún lugar y no ser encontrado. O bien, viviendo cosas extrañas, como las que se cuentan en las historias de terror. Pero él estaba viviendo su propia historia, solo, en un lugar desconocido, con la desesperación de no llegar y terminar allí, sucediéndole algo que no merecía.

A lo lejos escuchó ladridos, empezó a seguir el ruido con la sola esperanza de no pasar solo la noche. Encontró a Coco, que era la causa por lo que había salido de la casa. Se sintió bien por unos segundos, dentro de la fea idea de no saber dónde estaba, ni cómo iba a pasar el tiempo esa noche.

El plan perfecto

Violeta Delucca

Dantés llega a una isla, luego de escapar del calabozo donde estuvo encerrado por siete largos y dolorosos años, siendo inocente. No sabía qué sería de su vida, pero de dos cosas estaba seguro: no volvería a escasear la libertad y no pararía hasta vengarse de Mondego.

Comenzó a idear su plan paso a paso, no importaba el tiempo que costara llevarlo a cabo.

Tomó sus primeras dos semanas en la isla para recomponerse físicamente y alimentarse de los frutos que brindaba ese lugar.

Necesitaba hablar con alguien, que no fuera el Padre Farías. Así que encontró oídos para escuchar su plan en ardillas y pájaros que estuvieran caminando o volando por ahí. Si hay algo de bueno en no conversar con más de una persona en casi una década, es la capacidad de abrir caminos para conocer amigos de todo tipo.

Dantés mantenía su entretenida conversación ideando en voz alta cómo es que haría para llegar al primer pueblo cercano y así poder comunicarse mediante una carta anónima con Mondego, enviándole una copia falsa del lugar donde se encontraba el tesoro. Teniendo la verdadera en su bolsillo esperando, una vez enviada la carta, pretendía salir en busca de lo que lo haría poderoso y cambiaría el rumbo de su vida para siempre.

Se reía al contar su plan. Las ardillas lo miraban. Sabía que era perfecto. Mondego no podría resistirse ante la posibilidad de encontrar el tesoro más buscado del mundo. Dantés sabía que cuando su enemigo llegara a destino lo estaría esperando una gran trampa en el medio de la isla, que haría desmoronar el suelo dejándolo caer a un calabozo de un metro por un metro y sin dejarlo subir por décadas y décadas.

El ideador de todo este truco estaría disfrutando de su tesoro, mientras a Mondego lo mataría su ambición, lentamente.

La despedida

Luciana Diomedi

Virginia miró al fantasma y encontró en sus ojos un vacío tan grande que se estremeció. Su mirada estaba llena de dolor. A través de ella podía ver la pena que llevaba su alma.

—¿Qué puedo hacer por ti?—preguntó la niña con su dulce y tierna voz.

El fantasma la observó y no pudo evitar sentirse atraído por su suave piel y su largo cabello dorado. Era tan frágil y delicada que podía confundirse con una muñeca de porcelana.

—Hay algo que puedes hacer por mí—dijo el fantasma, sin pensarlo dos veces, aunque tímidamente.

—Lo que sea—respondió ella, un poco intrigada.

Virginia se quedó quieta por unos segundos esperando la respuesta del fantasma. Pero él, simulando estar avergonzado, no emitió palabra alguna. Estuvieron muchos minutos en silencio, en la habitación solo se oía la respiración algo agitada de Virginia y algún suspiro que dejaba escapar el fantasma de vez en cuando. Miles de pensamientos pasaban por su mente, hasta que él supo que era el momento.

Todo sucedió tan rápido, que ella no pudo siquiera evitarlo.

Tomó de su brazo y la atrajo con fuerza hacia él. Bajó sus pantalones y de a poco fue rompiendo la ropa de la dulce Virginia, que intentaba en vano resistirse.

—Así mi alma podrá liberarse—dijo él antes de marcharse y se llevó consigo la inocencia de la niña que no entendía lo que había sucedido. O tal vez sí.

Dantés el desgraciado

Juan Ignacio Di Salvo

Finalmente, Dantés pudo escapar del infierno al que fue sometido, pero los tiempos de soledad lejos de la civilización no habían terminado. Estuvo incontables meses, tal vez años, ideando y probando distintas formas de escapar de esa isla desierta en la que se encontraba varado. En el transcurso de la construcción de balsas y otros diversos y curiosos artefactos e ideas de pedir rescate para regresar a la ciudad, Dantés pensaba día y noche, cómo iba a actuar con la gente de la que solía estar rodeado antes de ser encerrado.

Las palabras de su compañero de celda lo torturaban porque sabía que le iba a fallar a la única persona que lo ayudó en más de siete años, alguien que le brindó ni más ni menos que la libertad. Todo eso no fue suficiente. Ante tanto odio y rencor hacia Mondego, Danglas y Villegas —las personas que lo condenaron a la crueldad más despiadada de la época, como lo era ese calabozo en el que fue encerrado por casi ocho años—, los consejos de aquel cura, su compañero, quedaron en el pasado. Ya había creado una especie de arma para quitarles la vida a los traidores.

Pero esa no era la única cuestión que debía resolver. Tenía que definir qué iba a hacer con el tesoro una vez que lo encontrara. A su vez, pensaba cómo sería la vida con Mercedes, si esposa hasta el momento del encarcelamiento. A pesar de los años de remordimiento, su esencia no la había perdido y seguía siendo el mismo iluso de siempre. Dantés estaba convencido de que volvería a la ciudad como un héroe y viviría como tal.

Lo primero que hizo en Marsella fue ir a buscar el tesoro que el cura le confió. Siendo él millonario, podría tener más recursos para volver a enamorar a Mercedes y además crearía el plan de vengarse contra los tres hombres que lo traicionaron.

Después de una semana buscando, orientándose con las indicaciones del mapa. Llegó al punto señalado. Pero nuevamente la vida lo volvió a golpear. El tesoro ya había sido encontrado.

El odio se apropió de Dantés, estaba destrozado. Con la esperanza por el suelo, fue en búsqueda de Mercedes, anhelando volver a su anterior vida.

La desgracia volvió a interferir y la encontró con uno de los traidores: allí estaba Mercedes con Mondego y los que parecían ser sus hijos. Con sus últimas fuerzas, tomó su arma y se suicidó.

Mi visión clara de la realidad

María Agustina Gavazzi

Es 8 de octubre de 2019. Abro los ojos y me veo a mí misma, acostada en un cajón marrón, brillante, del tamaño de mi altura. Tengo los ojos cerrados. A mi alrededor, están mi familia y amigos, llorando. Me acerco a mi mamá y le hablo. No me escucha. Luego a mi novio, pero tampoco lo hace.

Empiezo a caminar en lo que sería mi velorio. Estoy expectante viendo quiénes son los que van llegando. ¡Nunca pensé que llegaría este día, me encanta! Por fin puedo ver quién viene y quién no. Mi hermana a pesar de estar llorando porque sabe que no voy a estar el día de mañana para pelear por el auto, ¡Se quedó con él! Estoy muy tentada y frustrada.

Alguien abre la puerta y entra. Es la que era mi amiga en la primaria. ¿Qué hace acá? En la secundaria nos dejamos de hablar. Estoy impresionada. Ahora llegan todas mis amigas de vóley. Tengo nostalgia. Se me viene a la mente cada partido y cada entrenamiento con esas loquitas que tanto adoro. Veo a Aldi, Vicky y Male, mis mejores amigas. ¡Dios!, sí que las voy a extrañar. Ya no tengo con quien reírme de lo que sea, aunque pienso que ya no me van a hinchar con juntarnos todos los días.

Me siento en el sillón al lado de mi prima Chiara. Está cantando. Siempre canta. Me río cuando se manda alguna desafinadita.

Estoy impresionada y feliz. Está llenísimo de gente mi velorio. De todas las edades, desde viejos, grandes, adolescentes y chicos. Mi familia y la de mi novio, amigos, compañeros de la Facu ¡De la Facu! Cada vez me siento más sorprendida, ¿Cómo se enteraron?

Me acerco a cada uno y les hago diferentes caras.

Me estoy viendo en ese ataúd. Qué linda. Aunque no me beneficia la ropa blanca y rara que me pusieron. Pero bueno, empiezo a pensar lo mucho que voy a extrañar a mi familia y amigos, que siempre estuvieron ahí para mí. Siento algo frío, seco y húmedo. Es una lágrima. Me acerco a Enzo, que está junto a mi papá, a lado del cajón, y me siento con ellos. Les susurro al oído que todo va a estar bien.

Intensidad fantasmal

Paulina Gentiletti

Necesitaba ayudar a Simón, después de todas las maldades y las burlas por parte de mi familia, realmente quería hacerlo. Me sentía mal viendo su situación y no poder hacer nada.

Aquel día fuimos a un cuarto oscuro con Simón. Desde abajo se escuchaba todo lo que hablaba mi familia, hasta incluso los pasos desesperados por encontrarme.

Pero por primera vez en mucho tiempo, me sentí cómoda, al fin, en esa casa. Pude expresar toda mi angustia sobre mi familia, pude desconectarme por un día al menos de todo ese caos.

Simón fue muy comprensivo conmigo, me contó la experiencia con su esposa, y su mala relación. Me sentí culpable, pero incluso comprendí sus años de soledad y el porqué del asesinato de su mujer.

Me había comenzado a latir fuertemente el corazón, recordé el beso que me había dado Simón por acceder a llorar sus pecados, por rezar por su alma ¿Será que estaba interesada por él? No podía ser. Repudiaba lo de su esposa, aunque después de su reflexión lo comprendía.

Nos miramos mutuamente, y mi corazón se aceleraba cada vez más y más, se me ponía la piel de gallina. Una sensación extraña recorría todo mi cuerpo. Noté que Simón me miraba y hasta sentí también, que le pasaba lo mismo que a mí.

Pasaron cosas con Simón, cosas que me ruborizan, y que me cuesta expresarlas. Pero de lo que estoy segura es que me enseñó el significado de la vida. Y, particularmente, de lo que era disfrutarla.

Me sentí cómoda estando con él, y conmigo misma. También sentí pena por Cecil, pero sé que estaba despidiéndome de Simón, y no había otra forma de hacerlo. Después de tantos años de soledad, 300 para ser precisos, algo de amor y comprensión debía llevarse a su lecho de muerte.

Como se dice, ha muerto en paz. Yo continué mi vida igual que él. Absolutamente en paz. Pude desahogar mis penas, llorar sus pecados y, finalmente, cumplir con su último deseo.

Parecido a la realidad

Camila Gerometta

Se despertó después de dormir varias horas en la noche, en la oscuridad absoluta y no entendía qué pasaba. Tal vez era un sueño, tal vez era solo una sensación. Esperó unos minutos... La oscuridad seguía ahí, no se iba. Comenzó a desesperarse, a gritar, el miedo se apoderó de su cuerpo. Acostada gritaba pidiendo ayuda, esa mañana al parecer todos habían decidido salir.

Pasaba el tiempo, la luz no regresaba, no podía ver un solo reflejo de claridad. Agitado, asustado, se preguntaba qué era lo que le estaba pasando.

Alguien abre la puerta principal con mucho cuidado, ¿Quién es? ¿Mamá, sos vos? Nadie responde. No era ni ella, ni nadie de la familia.

Escucha los pasos de una persona que se aproxima a la puerta su cuarto, sabe que está cerca, pero no lo ve, no sabe quién es no sabe qué quiere. Entra. Está cada vez más cerca. Él, en su oscuridad absoluta, siente y escucha, pero no logra ver nada.

Al sentir cómo una mano roza su cara comienza a desesperar cada vez más. Nuevamente siente miedo, mucho miedo. Trata de reconocer esa mano. ¿Quién es? ¿Qué quiere? Silencio. Se aleja. Pero no mucho. En ese instante siente que todo había terminado, no aceptaba la idea de vivir en la oscuridad.

Pasos otra vez, se agita, vuelve esa sensación de no saber qué hacer, para dónde ir. Esa mano nuevamente en su rostro. Intenta tocarla, pero no puede.

A los pocos minutos, ve un reflejo, gira para un costado y despierta de una pesadilla que hubiera deseado no tener.

Mi propia enemiga

Micaela González

Todo cambió, tocaba crecer y el miedo se apropiaba de mí ser. Pensamientos extraños, de sensibilidad a flor de piel. Mi rutina iba a ser otra, de la escuela a la Facultad y de la adolescencia a la adultez. Como pájaro carpintero que picotea en el tronco de un árbol, los temores taladraban mi cabeza y la intranquilidad empezaba a estallar.

La ansiedad me jugaba una mala pasada y el miedo a morir se incorporaba a mí como un órgano más. Aquella circunstancia que para todos era normal e imposible de evitar; para mí era algo desconocido, horrible e inoportuno. No podía entender por qué para todos era

algo cotidiano. A mí me provocaba pánico ignorar morir. Me daba miedo el futuro, pensaba que no podía lograr nada. La frase “mirá si hago tal cosa y me pasa algo”, se convertía en el buen día de mi inconsciente. Y en los llantos que expulsaba como colapso de tanto pensar.

Familia, amigos y algunos conocidos intentaban calmarme, pero ni yo podía lograrlo. La mayoría creía que era inútil pensar algo así y me invitaban a vivir sin preocuparme por lo que podía pasar, ¡Si supieran que es lo que tanto deseaba!

Los días eran cada vez más largos, y las ganas de estar bien aumentaban con ellos. Ahora puedo decir que un poco lo logré, pero sé que algún día otro pensamiento así me va a importunar. Y sin embargo, voy a poder contra él.

Placer espectral

Dante Iglesias

Para que Simón pudiese por fin dejar el mundo de los vivos, debía conseguir a alguien que se apiade de su alma en pena.

Ahí es donde entra Virginia, la hija de la pareja norteamericana. La inocente adolescente, era la única en la casa en no jugarle bromas y atormentar al fantasma, como sí lo hacían sus hermanos y padres.

En una de las habitaciones del hogar Virginia se encontró con Simón profundamente triste por no poder lograr su cometido, su deber como fantasma: espantar a los inquilinos de la casa, la familia Otis. No solo estaba triste por no poder asustar, también lo estaba por seguir deambulando en un mundo donde no pertenecía -le contaba Simón a Virginia-, en el que su única razón de ser era asustar.

Había una solución a sus plegarias, que era recitar un conjunto de oraciones cortas que se encontraban grabadas en un ventanal de la biblioteca de la casa. Virginia estaba dispuesta a ayudar al fantasma a dejar el plano de los vivos.

Existían unos pasos a seguir. Después de leer las oraciones, debían ir al mausoleo de la familia Canterville, que oportunamente era su cuarto.

Cuando llegaron al mausoleo, Virginia se negó a recitar las oraciones. El pobre Simón, atónito, no entendía. Se había enamorado, ¡Virginia se había enamorado del fantasma! Y era mutuo, ya que por esa razón Simón nunca había atormentado a la joven. Estaba enamorado de ella. Después de que pasaron la noche juntos en el mausoleo, decidieron tener una aventura; un amor secreto a costas del resto.

Una vez que Virginia llegó a su hogar, les mintió a su familia y a su enamorado diciéndoles que había liberado el alma de Simón. Incluso, les mostró el cuarto de la casa donde, durante 300 años se escondía.

Pasado un tiempo, Cecil, su enamorado, le preguntó qué había sucedido ese día, a lo que Virginia respondió sólo con una sonrisa y se sonrojó.

12 de enero interminable

Manuela Herzel

Eran las cuatro de la tarde, o al menos eso supongo. En Monte Hermoso, ciudad cabecera de partido homónimo al sur de la provincia de Buenos Aires, era tan agobiante y abrumador el calor que en lugar de estar aprovechando la tarde en la playa, me limitaba a jugar a la generala con mis hermanos. Obviamente, encerrados y sentados abajo del aire, cuando el punto rojo que representaba la figura del piloto de conducta de un Yamaha con el número 144, ya no aparecía en la pantalla.

Al principio, creíamos que se trataba de un problema técnico, por el simple hecho de que el sistema transmitía información instantánea en la página oficial del Dakar 2011. Pero luego de reiterados intentos de actualización, nos dimos cuenta de que no se trataba de un simple error. Al recibir ansiosos una llamada que anunciaba que mi papá había tenido un accidente, la ansiedad se convirtió en terror.

Eran las cuatro de la tarde. Y esta vez, no lo suponía. No paraba de mirar las agujas del reloj, estaba impaciente. El viaje había sido atormentante y callado, tratando de desviar las respuestas en nuestras cabezas a aquellas preguntas que no nos atrevíamos a hacer. Reinaba el silencio, de esos que no dicen nada, pero al mismo tiempo dicen todo. Teníamos miedo.

Obviamente, todos éramos felices de su participación y debut en una carrera tan importante a nivel mundial, como el Dakar. Lo habíamos celebrado con una fiesta y con la presentación de la moto que mi papá había hecho tiempo antes. Sin embargo, se trataba de una decisión totalmente personal, ya que nadie lo había alentado a hacerlo. Por el miedo a lo nuevo, a lo desconocido.

Esas diez horas se sintieron como diez años. Como si el tiempo estuviera detenido y no avanzara en una clínica de Buenos Aires. Ahí estaba él. Posteriormente de haber sido trasladado en avión desde Iquique, Chile, lugar en el que cayó y segundos después, el vehículo, de aproximadamente 110 kilos, aplastándole y quebrándole en mil pedazos la rodilla.

Hoy hubiera esperado muchísimas horas más para escuchar que el accidente podría de alguna forma revertirse y que mi papá se recuperaría. Lo cierto es que su caso requirió de siete operaciones y fue uno de los menos vistos en lo que respecta al ámbito traumatológico en los Estados Unidos. De todas formas, no puedo dejar de agradecer que esté vivo, pero resulta innegable decir que esa experiencia marcó un antes y un después en la vida de mi papá. Y también en la mía.

Una invasión amigable

Lucio Jordán

Cerca de las nueve y media de la mañana, en una clase normal del Taller de Escritura I, nos encontrábamos hablando sobre *La guerra de los mundos* que cuenta, básicamente, una invasión extraterrestre. Entendiendo esto como algo sobrenatural, nadie se imaginaba lo que estaba por pasar.

El cielo se eclipsó y todo estaba oscuro. Parecía de noche, pero nos encontrábamos cerca del mediodía. Pensamos que era una posible tormenta, no más que eso. Afuera se escuchaban ruidos extraños, algo más fuerte que el sonido de un avión. Nadie en el aula podía notar bien qué pasaba.

De pronto, alguien asombrado preguntó:

—¿Qué es eso?—mientras señalaba hacia afuera.

Rápidamente, todos nos abalanzamos hacia las ventanas que daban al frente de la Facultad. En el cielo, oscuro, parecían volar aves gigantes. Nadie hacía nada, estaban aterrorizados por lo que ocurría afuera.

En un abrir y cerrar de ojos, una luz blanca circular, que encandilaba, se vio en el patio del frente de la facultad. Junto con la luz, un ruido taladrante silenció todas las voces y gritos de mis compañeros. Algo parecía bajar del cielo, una especie de plato gigante. Era una nave extraterrestre.

Momentáneamente, se abrieron las compuertas y se proyectó una luz roja con una especie de humo.

En el aula quedaba poca gente, la mayoría había salido corriendo de miedo, yendo a refugiarse en la planta baja. Media hora después, bajó un ejército de extraterrestres,

hombrecitos con cuello largo y una estatura de un metro cincuenta. El profesor y yo fuimos rápido hasta la nave para intentar dialogar con esas criaturas extrañas.

—¿Qué ocurre?—dijo mi profesor.

—Estamos de visita en La Tierra—sostuvo el marciano.

Todo era confuso y muy extraño. Estábamos hablando con marcianos que habían venido a La Tierra de visita, sin ninguna intención de matar humanos ni menos, destruir el planeta.

Nos amigamos y prometieron volver. No nos quisieron llevar porque no sabían cuando iban a volver. Su planeta se encontraba en una guerra civil. Ahí fue donde nos dimos cuenta de que existía vida en otro planeta.

Bajamos de la nave y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció y el cielo recobró su color celeste. Entramos en la Facultad y nos miraban asustados. Algunos pedían que les contemos lo que habíamos hecho. Con gusto nos sentamos, mi profesor y yo, y contamos lo que había sucedido. Esta historia quedó como una leyenda de institución.

Lo prometido y la deuda

Paz Larrocea

Veía en ella una muchacha con el alma llena de valentía. Podía ver en sus ojos cuando guardaba silencio, el vacío que llevaba dentro. Me lo había prometido y estaba seguro que podía ayudarme, no dudaba de ello. Cuando accedió a mi pedido, surgió en mí la necesidad de devolverle algo. Regalarle un momento, quizá. Un momento que la haga pensar, sentir, vivir.

Nos tomamos nuestro tiempo en aquel rincón recóndito de la casa, donde nadie podía vernos ni escucharnos, donde éramos sólo nosotros, auténticamente nosotros. Seguí descubriendo en ella una mujer capaz de todo. Para mi sorpresa, la habitaban algunas tristezas y dudas que, aunque sabía disimular, generaban, en su vida, ciertos titubeos. Creí ser capaz de ayudarla con ello. Intenté hacerle ver que la tristeza de llegar a saber que no siempre lo es, que hay una línea delgada que separa el darlo todo del que te dejen sin nada. Aun así, no debía tenerle miedo a eso. Como se atrevió a arriesgarlo todo por mí, quizá, por la seguridad que le otorgaba el hecho de que soy un fantasma, lo haga por alguien con vida. Desde allí, partió nuestro viaje por su vida. Hablamos de su prometido, de lo que veía de él. Sin duda, era mucho más de lo que percibían los demás. También, mencionamos su futuro, sus metas, sus sueños, lo que anhelaba. La realidad es que no hablaba esto con nadie, tal vez, ni con ella misma. Pienso que no decimos muchas cosas porque nos creemos con todo el tiempo del mundo ¡Qué ilusos!

Agradecida, se arrodilló y, con una sonrisa en su rostro, comenzó a rezar por mí, a cumplir con su promesa. Enfrentó todo aquello a lo que le temía, vio cosas horribles. Sabía que liberar a un fantasma de su escarmiento no significaría nada ameno. A pesar del estado sentimental tan vulnerable en el que el trayecto la había dejado, logró salir de ello. Abrió sus ojos y fue entonces, por fin, que descubrí en su mirada indicios del valor más hermoso. Ese valor hizo que lo lograra.

Una calma enorme colmó la habitación. La calma del que lo ha dado todo. Esa calma.

Los fuegos helados de sus besos

Lara Paloma Meaca

Las manos de Simón estaban heladas, pero sus labios eran fuego al tocarme la frente. Caminamos por un sendero verde, húmedo y oscuro hasta lograr atravesar el muro. Simón era sólo un fantasma a los ojos del mundo, sin embargo era todo para mí. Era vida y muerte, amor y dolor, placer y maldad. Era la unión perfecta de los polos más opuestos que habitan este mundo.

Recordar esencia me inquieta. Pensar en el frío de sus manos que recorrían, lentamente, mi cuerpo al son de los de los besos más fogosos, me moviliza hasta el último milímetro del alma. Si alguien ha de conocer, incluso, los lugares más recónditos de mi ser; no hay otra respuesta, es Simón.

Canterville-Chase será, por el resto de mi vida, el lugar donde conocí y consumé mi amor. Sé que si Cecil llegara a enterarse me odiaría hasta el final de los tiempos; me humillaría fuertemente. Hasta, tal vez, mataría a mi primer hijo. Debo guardar el secreto para toda la eternidad, pero al recordar ese día mi pecho estalla, mi cuerpo entero es recorrido por un hormiguelo tan intenso que se vuelve placentero.

Darle sentido a la vida, de la mano de alguien que ha muerto, es extraño, pero, simplemente, fascinante. Ojalá pudiera amar tanto a Cecil como a Simón. Ojalá al ver esos ojos, lo profundo de su alma me incendiara con un fuego que sólo pueda apagarse con el sabor de esos besos. Ojalá sintiera tanto placer como cuando los dedos helados de Simón penetraban lo profundo de mi ser. Ojalá pudiera darle mi cuerpo, alma y corazón a Cecil.

Por desgracia para él, están en la eternidad junto a Simón desde el día que vi las estrellas junto a él.

La lujuria de la vejez

Juan Ignacio Melo

Y en el mismo momento que el muro se cerró de nuevo, detrás de ellos, el salón de tapices quedó desierto.

Virginia continuó caminando por el oscuro pasillo secreto del castillo, con su mano entrelazada a la de Sir Simón. Era un silencio tan atroz el que se vivía que, a su vez, ensordecía. El miedo, esta vez, comenzó a atormentar a la niña.

Simón, percatándose y sintiendo que la mano pálida de Virginia no paraba de temblar, decidió preguntarle qué era lo que le pasaba.

—¿A qué se debe tu temblor, mi Virginia?, ¿Acaso no confías en mí?— dijo el fantasma al oído de la joven con un tono muy bajo, casi besándole la oreja—. No temas de mí, niña. Ese tal Cecil no es lo demasiado hombre para ti, él no te merece y no te complacerá.

Comenzó a acercarse, cada vez más, a ella. Virginia, al notarlo, echó a correr. Inmersa en una infinita oscuridad. Lo importante era escapar de allí.

Logró tomar ventaja del fantasma, pero este se le apareció repentinamente por delante. Con una sonrisa diabólica, empujó a la joven. Ya con los ojos inundados de lágrimas, cayó sobre una dura y horrorosa cama antigua. Sus metales oxidados rechinaban tanto que podrían despertar hasta al más lejano ser.

Sir Simón se abalanzó sobre ella. Virginia sintió, por primera vez, el peso del espectro que nada parecía pesar. Él, con una mirada desnutrida que intentaba ser seductora, le dijo casi rozando sus labios:

—Mi Virginia, mi bella joven, te prometo que nunca dejaré de acompañarte y durante estos meses me sentirás más dentro de ti que nunca.

¡Quiero volver a mi planeta!

Malena Piñuel

Estábamos todos presenciando la clase del Taller de Escritura I con el profesor Belinche y sus ayudantes de cátedra. Cursábamos en un aula grande, en el segundo piso del edificio Néstor Kirchner. El aula tenía ventanas enormes que apuntaban al estacionamiento de la Facultad. Allí, había un patio gigante con mucho verde y plantas.

De repente, un compañero que estaba sentado en la fila de la ventana, fue encandilado por una luz amarilla que no lo dejaba ver absolutamente nada.

—¡Chicos, chicos, algo está pasando en el estacionamiento!—gritó.
—Tranquilo, Ema—le dijo el profesor.—Seguro estás dormido e imaginás cualquier pavada. La próxima anotate en la comisión de la tarde.
—¡Juro que no!—exclamó, refregándose los ojos casi sin poder abrirlos.
Todos quedamos asombrados con su confesión; entonces tratamos de acercarnos a la ventana para ver, de más cerca, lo que estaba ocurriendo. Quedamos encandilados, pero distinguimos que una especie de burbuja aterrorizaba en la planta baja exterior.
Quisimos ver e ir a cubrir ese hecho porque, como todo estudiante de periodismo, somos curiosos y siempre queremos descubrir más. Bajamos, inmediatamente, todos juntos por la escalera. El calor era cada vez más agobiante. Era difícil explicar, parecía que el cuerpo ardía.
Cuando llegamos abajo, nos asombramos muchísimo con lo que nos encontramos. El profesor y sus adjuntos se acercaron a la burbuja. Todavía no teníamos en claro qué era concretamente. Dentro de ella, se encontraban dos extrañas criaturas de apariencia redonda, con antenas, cubiertas de un manto plateado. Se movían con la gravedad, desplazándose en el aire.
Shockeados y sin poder movernos, nos dimos cuenta, por sus actitudes, que venían con un objetivo claro y específico: secuestrar personas para llevarlas a otro planeta. Los elegidos eran Lucas Viale, presidente del Centro de Estudiantes y Florencia Saintout, decana de la Facultad de Periodismo de la UNLP.
Estos seres de otro planeta, en realidad, querían saber dónde vivían, conocer el planeta Tierra y adquirir las costumbres humanas.
Finalmente, se llevaron a los elegidos y los tuvieron mucho tiempo con ellos. Cuando los humanos pudieron recuperar el sentido del tiempo y el espacio, Saintout se percató de que tenía un objetivo en la ciudad de La Plata.
—¡Quiero volver, por favor!—gritaba desesperadamente para volver a su ciudad.
Florencia se dedicaba, además de al decanato y a la docencia, a la política y cumplía un mandato como Concejal en el poder legislativo de La Plata.
—¡Por favor, es año electoral! ¡Necesito volver!—. Esto se repitió todos los días de su estadía.

Inclusión en el amplio

Malena Regunaga

Eran las 09:41 de la mañana del 30 de mayo de 2017. Estaba en el Taller de Escritura I, casualmente, leyendo *La guerra de los mundos*. De pronto, comenzó a bajar la temperatura abruptamente; estaba muerta de frío. Una densa niebla se acercaba desde la cancha de Estudiantes. Me parecía demasiado extraño porque esa mañana había estado despejado. Entonces, agarré mi celular para fijarme el pronóstico, pero el profe me vio.
—Vos, chiquita ¿Qué haces con el teléfono? —dijo el profesor —¿En dónde estás? Guardalo.
—Nada, estaba fijándome el pronóstico, se puso re feo —respondí y dejé el celular arriba de la mesa.

En ese momento, se escuchó un crujido impresionante. Era el alcorcho enfermo de la entrada de la Facultad. Había sido aplastado por una nave metálica. Estábamos impresionados, desorientados y asustados, por lo desconocido.

De aquella gigantesca nave que seguramente no era de este planeta, se bajaron dos criaturas con tres ojos brillantes. Tenían las pupilas tan dilatadas que ocupaban casi el total de su rostro, dos orificios como nariz y una exagerada boca de un color azul cerúleo que parecía tinta. Además, tenían ocho brazos como un pulpo.

A pesar de todas estas condiciones físicas particulares que jamás fueron vistas, la Facultad de Periodismo vio que estos seres venían en un clima de paz y armonía. Decidieron ser

inclusivos con los compañeros intergalácticos y realizaron una jornada para lograr un intercambio cultural fuera de órbita. Los extraterrestres partieron de la Tierra y yo, la humilde relatora del hecho, no entregué el trabajo de puntuación así que, sinceramente, creo que todos y todas salimos ganando.

Feliz

Belén Ritucci

Después de sentir ese instante de vergüenza, donde se ruboriza, recuerda lo que sucedió con el fantasma. Virginia, en cuestión de segundos, revive, en su cabeza, todo lo ocurrido. Cómo su existencia cobró un sentido diferente.

En un lugar feliz se los puede ver, sentados sobre el pasto, contemplando el cielo y el paisaje. En silencio, se miran sin necesidad de emitir palabra. Se siente la paz y la tranquilidad que inunda el momento. Simón toma su mano y le agradece por no ser un fantasma y poder irse a descansar tranquilo. Aun así, le confiesa que no quiere eso. Le transmite, en simples palabras, que se ha enamorado de ella y se siente desolado por no poder cuidarla de ahora en adelante. Ella puede percibir esa tristeza y, mirándolo a los ojos, le agradece por haber existido, por estar justo allí, donde todo es perfecto, donde sin palabras se puede entender todo. El amor corre en el aire, se manifiesta en una niña y un fantasma viejo y feliz.

Simón aprovecha todo el día para contarle historias, enseñanzas de la vida y golpes propios. Le advierte de este mundo, donde se reprime al deseo. La impulsa a seguir sus sueños, por sobre todas las cosas. No importa lo que otro diga, sólo lo que ella siente. La pequeña, con lágrimas en los ojos, abraza al tierno fantasma y le dice que entiende todo. Logra comprender que nuestro corazón es el camino real, que llenar el alma es ser feliz.

En ese instante, se despiden con un fuerte abrazo y una contundente mirada a los ojos. El amor está en el aire, es feliz.

Simón se va extrañándola, pero sabiendo que logró transmitir todo lo que había en su corazón. Comprende, tanto él como ella, que las palabras son sólo palabras. Todo lo real no se puede manifestar de otra manera que no sea en el sentimiento.

La pérdida de dos trenes y una salvación

Enzo Romano

Era una noche de abril. River Plate jugaba un partido de Copa Libertadores, en el estadio Monumental de Núñez contra Melgar de Perú. Yo, que vivo en Berazategui, necesito tomar dos colectivos para llegar a la cancha. Dos de ida, dos de vuelta. Pensando en el regreso, creo que en Retiro tengo la opción del tren, que es la única forma segura de regresar. Los días que juega el millonario pasan pocos micros.

El partido fue bastante bueno para el equipo de Gallardo. Ganó por cuatro a dos y desató la euforia de los hinchas. Al terminar el encuentro, alrededor de las once de la noche, las opciones eran dos: tomarme el tren que salía de Núñez y me llevaba hasta Constitución, donde tendría que agarrar otro tren o un colectivo a mi ciudad. O subirme al tren que está frente al estadio, y viajar a Retiro para tomar un colectivo que me lleve a casa.

Al salir del predio del club, me decidí por la primera de las posibilidades. Caminé hasta la estación y tardé varios minutos en llegar a destino. Allí, un policía parado en el andén, me dijo que ya no había más trenes. Ante esta noticia, fui por mi segunda opción, pero era muy tarde. Volviendo para el club, unos hombres me comentaron que ya no había más trenes a esa hora de la noche. En ese momento, me deprimí mucho por perder mis dos alternativas.

Minutos después, ya bastante frustrado, comencé a enviarles mensajes a mi mamá que estaba preocupada y a mis amigos para cancelarles la salida que teníamos planeada, ya no llegaba a tiempo. Sabía que a esas horas pasaba un colectivo por calle Libertador que me llevaba al obelisco, donde no tenía idea de cómo volver desde ahí. Decidí subir.

En el transcurso del colectivo, recordé que un tío mío trabajaba cerca del lugar donde tenía pensado bajar. Él salía de su trabajo a la una y media de la mañana y yo llegaba, más o menos, en ese horario. Entonces se me prendió la lamparita y lo llamé para pedirle rescate. Por suerte, me atendió el llamado y me confirmó que podría llevarme hasta casa.

Al llegar al Obelisco, me bajé del micro y comencé a buscar su camioneta. La encontré. Al verlo, lo saludé afectuosamente y le agradecí por su ayuda. Finalmente, llegué a casa feliz y cansado. Me alivié y me acosté a dormir.

¡Dale, Campeón!

Juan Bautista Seco

Al final, me traicionaron. Todas las amenazas que me habían hecho a lo largo de mis cortísimos 18 años, fueron en vano, eran mentira. Quizá, nunca pensaron realmente que esto podía llegar a sucederme. Siempre bromeaban sobre esto. Recuerdo a mi madre, pobre de ella llorando a moco tendido sobre mi cajón recordando los buenos momentos vividos, diciéndome cada vez me veía loco: “¡vos te llegas a morir en la cancha y yo te juro que te cremo y te tiro en la cancha de Estudiantes por boludo!”

Ay mamá... si supieras que me morí feliz, gritando el gol que nos dio el tan ansiado campeonato, nuestra primera liga, todo lo que siempre soñé de pendejo. Igual, lo deben saber, no por nada me están velando con la azul y blanca puesta.

El momento va quedar inmortalizado en mi cabeza. Se reproduce y se reproduce sin parar. Esbozo una sonrisa de punta a punta cuando recuerdo la secuencia: se proyecta el “Bochi” Litch por la banda izquierda, toca al medio para “Fito” Rinaudo quien abre la pelota para Facundo Oreja. Facundo, no lo piensa dos veces, tira el centro para donde está él, mi asesino, quien me mató de alegría, de amor y de locura, Nicolás Ibáñez que conecta de forma certera el centro y clava un cabezazo inatajable para Luis Ardente, arquero de San Martín de San Juan. Ay Dios... se me pone la piel de pollo de sólo pensarlo.

Hago el intento de gritar, pero, a los segundos, me acuerdo de que ya no estoy. Sí estoy, pero no físicamente, siempre voy a estar con ellos, cuidándolos.

—Andá a festejar—le grito a mi viejo —es todo lo que soñaste por tantos años.

Y no, él está ahí, recibiendo a todos los que vienen; amigos y amigas, míos y de él y de mi vieja, familiares y, también, gente que nunca vi en mi vida.

Me sorprende la cantidad de compañeros de la escuela que hay. Gente con la que me odiaba o nunca intercambié una palabra. Los deben haber obligado a venir, pienso. También están quienes realmente quiero que estén, aquellos en los que confié toda mi vida, mis verdaderos amigos. Los veo destruido. Pobres, pensar que nunca nos habíamos demostrado mucho afecto.

—Pensá que no te voy a ganar más a la Play—le digo a Santiago al oído —tenés suerte.

Mis amigos están devastados. A diferencia de las chicas, siempre nos decíamos cuanto nos queríamos, por eso no me sorprende su estado. Se me cruzan mil cosas por la cabeza, que pasamos: los almuerzos y meriendas con Micaela, días de cancha con Pilar, salidas con Lucía, cursadas con Amparo y decenas de situaciones más.

Levanto la cabeza y veo a todos los demás. Relaciono recuerdos con ellos. Abuela y tío con los diarios de todos los días, abuelo y milanesas, abuela y mousse de chocolate, tío y salidas, primo y PlayStation. También los veo a ellos dos, mi hermana y mi hermano. No paran de llorar. Sólo quiero abrazarlos, en este momento. Darles un último abrazo, uno eterno. Pienso en todas las peleas que tuvimos y me amargo, mucho. Sin embargo, siempre

les demostré mi amor, eso me deja tranquilo. Recuerdo que siempre les decía que cuando muriera mi computadora le quedaría a ella y mi PlayStation a él. Así que se relajen y disfruten de los bienes que les dejo, che.

Nada, los quiero muchísimo, los amo. Vamos Gimnasia y no sean boludos ¡Salgan a festejar que esto es algo que se da una vez cada 130 años!

Así de sufrido

Francisco Tassone

Gimnasia, el club del que soy hinch, había clasificado a la semifinal de la Copa Argentina. El partido se jugaba en la Provincia de San Juan, contra River Plate. Como fui a todas las instancias previas a dicho evento, hasta a Salta contra San Lorenzo, ¿Cómo no iba a ir para el estadio Bicentenario?

Una semana antes, necesitaba 1500 pesos para pagar el viaje y \$250 para la entrada, pero no tenía un mango. Mi viejo me dijo que no podía darme la plata, la economía familiar no estaba bien. Luego de pensarlo varios días, decidí vender la bici y me dieron una suma de cinco mil pesos por ella. Agarré la plata y me fui corriendo a pagar el viaje y comprar la entrada.

Le quise dar una sorpresa a mi papá regalándole la entrada y el viaje, pero cuando le di a conocer la noticia me contó que no podía arreglar con el trabajo. Me dijo que venda las cosas o, por lo menos, la entrada. Estuve hasta el último día para vender el ticket, con éxito al fin.

Llegó el día del viaje. Todo andaba bien hasta que un muchacho alcoholizado vomitó todo el micro y dejó un olor insoportable. El chofer frenó y lo obligó a limpiar, haciendo retrasar todo. El transcurso se hacía insufrible.

Cuando amaneció, el día siguiente, nos paró la policía para que cambiemos de ruta todos los micros de Gimnasia, ya que River y sus micros venían treinta minutos adelantados y podríamos cruzarnos en el camino. Claramente, la otra ruta alargaba el viaje dos horas.

Faltando una hora para llegar a la cancha, nos para gendarmería para un último chequeo. Se demoró más de cuarenta minutos, faltando solamente una hora y media para el comienzo del partido.

Seguimos camino. Estábamos a tan sólo cincuenta kilómetros del estadio cuando, de repente, se le cortan los frenos al micro. No chocamos de milagro, gracias a una buena maniobra del chofer. El problema ahora era: ¿Cómo llegar a la cancha?

Pude meterme en otro micro de hinchas triperos y llegar sobre la hora, pero el mal accionar policial retrasó todo. Llegamos al estadio y no nos dejaban bajar del ómnibus. Querían que uno solo le compre las entradas a todos los que se encontraban en el micro. Yo ya tenía mi entrada y no me dejaban pasar. Decidí, entonces forzar la salida y entrar corriendo hacia el embudo de la entrada. Un efectivo me corrió, o eso imaginé por mi paranoia, y sentí el roce de un palazo. Me mezclé en la gente y pude pasar.

Además de eso, Gimnasia perdió por 2 a 0 y la policía sacó a la hinchada reprimiendo. Para mi desgracia, un palazo me pegó en la pierna haciéndome caminar con dificultad por una semana. No sabía cómo decirles a mis padres lo que había pasado. En fin, ¡el peor viaje de mi vida!